

GARCÍA, L. (2009). *PAYBACK*. CARACAS: EDICIONES PUNTO CERO. 109 P.

Reseñado por Rebeca Pineda Burgos
Universidad Central de Venezuela
rebecapineda82@hotmail.com

Hay monstruos en todos lados, en todas las cosas. A veces está bien, a veces está muy mal. Una vez un amigo me dijo que una de las maldiciones de la intelectualidad es la relatividad de todo: lo relativo equivale muchas veces a no tener una postura definida. Con esto quiero decir que, por ejemplo, lo que antes se me hacía terrible, ahora se me hace también fascinante. Y aquí está lo de los monstruos: un monstruo puede darme aún hoy horas de insomnio, noches de pesadillas, y al mismo tiempo mucho placer, un gusto hasta idílico. Cuáles son los límites entre lo uno y lo otro, eso es también relativo.

No me quiero referir aquí a la monstruosidad en un sentido estrictamente etimológico, aunque sabemos que las varias acepciones de una palabra implican casi siempre una relación estrecha con su significado original: sea un humano con cabeza de cabra o un asesino en serie, estamos claros en que a ambos se les considera una «producción contra el orden regular de la naturaleza».

Pero de esto tampoco quiero hablar. Me interesa una «monstruosidad» menos estereotipada, porque existen muy pocos asesinos en serie, pero muchos que nos hemos sentido fuera de orden, realmente fuera de orden, como si algo se apoderara de nuestro sentido común, o de nuestras expectativas sociales, emocionales. Algo que nos saca de una organización habitual. Hay un problema estructural, que no siempre, y esto es lo peor, puede sentirse identificado, vertido, en un *ghetto*; es una diferencia mucho más vulgar.

Creo en los que se han sentido perdedores, con discreción, con vergüenza. Pero me parece que esto no tiene que ser necesariamente fútil, infértil: como Ballard, creo en esto como un modo de «liberar la verdad que hay en nosotros, alejar la noche, trascender la muerte, encantar las autopistas, congraciarnos con los pájaros y asegurarnos los secretos de los locos» (2001: párr. 1). Es decir, la discreción puede ser también productiva, alegórica, y detrás de ella puede fraguarse algo sumamente poético.

Los personajes de Lucas García son del tipo de monstruos que me gustan. Pero lo que quiero defender aquí no podría sustentarse únicamente en gustos —o vicios— personales. El grupo de relatos de García se puede defender por muchas otras razones: lo bien emulado de la novela detectivesca como en «Empleo», o en la de criminal a sueldo como en «Cumpleaños». Los efectos de reflexión y comicidad de los minicuentos «Fe» y «Eco», respectivamente. Las imágenes de elevada potencia poética como el tráfico incendiándose a través del cigarrillo en «Payback», o el bebé saliendo de la pelvis de la madre a la par del estómago acuchillado del padre en «Misterioso objeto celeste descubierto en el corazón de una supernova». La explosión de referentes populares, todos y cada uno de ellos muy elocuentes, sin caer en ningún momento en la referencia «gratuita» tan cara al escritor con aires de saberlo todo. Los personajes de los cuentos son hombres solitarios, locos, drogadictos, enfermos, pero, sobre todo, discretos con su diferencia, sin escándalos, como señala Marcano en el prólogo. Esto me parece increíble, que el autor se maneje con referentes como Hendrix, Clapton, Chewbacca, Bruce Lee, El padrino, Chuck Norris, George Romero, Megadeth, Sendero luminoso, Ferrari, Francis Bacon, Clint Eastwood, Zoë Lund, Calvin Klein, sin ser aparatoso, sin que sus personajes lo sean.

Conmueve con mucho efecto la locura de los personajes, su apego, su dependencia, sus abismos. Pero tampoco es lástima la última impresión. Aunque sean monstruos, también brillan, lo que se narra remite a esa sensualidad, a ese atractivo, que conservan aún los personajes que cruzan la línea. Desde aquellos con una gracia evidente, como Zoë Lund, cuyo cuento, del mismo nombre, narra el desarrollo de un personaje por seguir los últimos pasos de la actriz fallecida, hasta el atractivo de otros muchos más especiales como el del loco de «Zorro», quien desencadena esas pulsiones, al decir de las teorías del psicoanálisis, en formas de atrocidades: lo que nosotros quisiéramos hacer, nuestros deseos más oscuros traducidos en aberraciones. Es lo contrario a ese maniqueísmo tan resuelto y tan superficial de las fórmulas comerciales, desde los ladrones y policías, hasta los occidentales y los orientales. En algún momento descubrimos que Arnold Schwarzenegger, Sylvester Stallone y Jean Claude van Damme no hacían más que contarnos la historia de los enemigos de Norteamérica: primero los alemanes, luego los coreanos, ahora los árabes. Y la historia siempre ha sido así, la de los buenos y los malos. Cómo contar sin maniqueísmos, cómo resolver, cómo ganarse al espectador, cómo no sentirse incómodos. Creo que personajes como los de Lucas García son ejemplos de este paradigma.

Alguna vez me pareció que una de las necedades de la juventud es creerse ganadores. Pero esto es natural a la poca edad, por supuesto, y lo contrario sería enfermizo. Está el caso de los que ingenuamente simulan una posición de desventaja que no les queda muy verosímil, pero eso también me parece lógico, esa constante llamada de atención. Sin embargo me interesa y me resulta muy atractivo cómo algunos de los personajes de García son de ese grupo mínimo de gente joven que se sabe verdaderamente perdida y que no quiere luchar por lo contrario. Aunque el discurso no sea particularmente seductor en contenido, tiene una contundencia que expresa claramente la lucidez de la que hablo. Algunas de las palabras del protagonista de «Guillermo Tell» me parecen muy elocuentes respecto a esto, frases en las que el cinismo, lejos de ser arrogante, es una huella de envidiable claridad respecto a nuestra posición en el mundo: «cuando me encuentro en una fiesta, consumiendo cannabis a 170 kph, o sosteniendo mi pene erecto frente a las páginas centrales del mes, pienso en la absoluta futilidad de todo». Es muy valiente y muy aterrador lo cerca que están de la claridad, de lo real. Pienso en Christiane F., cuya fama se me hizo un poco odiosa, pero cuyos testimonios, tan lúcidos, a pesar de tratarse de situaciones tan oscuras, calaron mucho en mi memoria:

Creí que verdaderamente había llegado mi fin. Pero no había sido una sobredosis, sólo el vinagre. Mi cuerpo había perdido toda capacidad de resistencia, ya no podía más. De esa forma les había ocurrido a aquellos que habían muerto. Muchas veces, después del pinchazo, perdían el conocimiento. Y un día no despertaron más. Yo no entendía porqué tenía tanto miedo de morir. De morir sola. Los toxicómanos mueren solos. Lo más frecuente eran diarreas pestilentes. Tenía verdaderas ganas de morir. En el fondo no esperaba nada de los otros. No sabía por qué estaba en este mundo. Tampoco lo sabría muy bien después. Pero un adicto, ¿para qué vivía? Para destruirse y para destruir a los demás. Esa tarde me dije que era mejor morir, al menos morir por amor a mi madre. De todas maneras, ya no era consciente si existía¹.

¹ Cito una versión traducida (Hermann y Rieck, 2005) del libro-testimonio *Wir Kinder vom Bahnhof Zoo* publicado por la revista *Stern* en 1978, en el que Christiane F, una drogadicta de 13 años relata su experiencia con la heroína y la prostitución. Hubo una conocida versión cinematográfica en 1981 dirigida por Uli Edel.

Lo que cito antes es un testimonio real de una persona de 13 años. Me da la impresión de que esto lleva hasta a su punto más álgido lo que hace el llamado «realismo sucio», al buscar la forma de expresar la idea de modo más sencillo, y que el efecto poético se produciría cuando el propio lector llena los vacíos con lo que sabe de su propia experiencia. No hace falta, por ejemplo, decir mucho más cuando sabemos que estas dependencias y estas confusiones, en alguien de 14 años, tiene que ser lo más atroz sufrido por alguien. Además del minimalismo propio de esta corriente literaria, la relación estaría también en los protagonistas de las historias, seres «vulgares» o «monstruos» poco figurativos. Esto ocurre en *Christiane F.* y en las pocas acciones trascendentales de los personajes de García, su falta de apego (a no ser de estupefacientes), de ambiciones, coinciden con este perfil del realismo sucio y a su vez permiten esa forma de narrar muy precisa y breve.

Creo que la mejor forma de recomendar el grupo de relatos de García, además de que es un banquete para los amantes de los referentes pop y de los personajes excéntricos, es que logra mediar entre dos estilos que pocas veces logran reconciliarse: el de la parquedad y el de lo inmensamente alegórico. ¿Cómo lo hace? Con personajes que no se esfuerzan en trascender, pero que al vivir tan conscientes de sus propias miserias, de sus propias perversiones, tienen destellos de impresionante luminiscencia: «Me siento vacío, fosilizado, soy un astronauta atrapado en su cápsula, extraviado en medio del cosmos». Esto tampoco lo dice un llamado «poeta», sino un drogadicto. Creo en la heroicidad dentro de cada uno de nosotros, en nuestro espíritu creador, en nuestros propios y particulares monstruos. Los cuentos de García, tan breves, tan sencillos, transportan a un muy profundo interior que a veces quiere salir.

REFERENCIAS

- Ballard, J. (2001). En qué creo. En *Artefacto* [Revista en línea], 4- 2001. Recuperado el 23 de febrero de 2010. www.revista-artefacto.com.ar
- Hermann, K. y Rieck, H. (2005) [1978]. *Christiane F*, 13 años, drogadicta y prostituta. (trad. Xrisí Athena Tefarikis). En *Apocatástasis* [Portal en línea]. Recuperado el 23 de febrero de 2010. www.apocatastasis.com
- Edel, U. (1981). *Christiane F. – Wir Kinder vom Bahnhof Zoo*. [Película]. Alemania: Solaris Film.